

## Rundbrief N° 01

Mi nombre es Andrea, tengo 22 años, soy peruana y hace dos meses inicié una de las experiencias más retadoras y enriquecedoras de mi vida: un año de voluntariado en Alemania. Actualmente soy parte de un centro llamado *Boarding Haus*, ubicado en la ciudad de Friburgo. Este lugar funciona como un albergue que acoge a niños y niñas ucranianos en situación de vulnerabilidad. Más que un simple centro, es una casa en la que cada día se construyen historias, emociones y aprendizajes, tanto para los niños como para quienes trabajamos con ellos.

Al llegar, fui asignada al grupo llamado "Ángeles", conformado por cuatro niños y cuatro niñas entre siete y doce años. Mi rutina diaria empieza generalmente al mediodía, momento en el que los niños comienzan a regresar de la escuela. Antes de que ellos lleguen, debo preparar la mesa y recoger los alimentos de la cocina principal para que puedan almorzar apenas entren a la casa. Esta tarea, que parece sencilla, en realidad marca el inicio del clima del día: el comedor se convierte en un espacio de encuentro, donde los niños comparten cómo les fue en la escuela, expresan sus molestias, alegrías o cansancio, y donde yo tengo la oportunidad de observar, escuchar y acompañar.

Además de la hora de la comida, mis funciones abarcan diversas responsabilidades prácticas y afectivas. Una vez por semana me corresponde realizar la compra de alimentos, considerando las necesidades de la casa y los gustos de los niños. También, en caso de ser necesario, recojo medicamentos de la farmacia, me encargo del lavado y secado de sus prendas de vestir y colaboro en el mantenimiento del orden del hogar. Sin embargo, más allá de estas actividades materiales, considero que la función más importante que cumplo es la del acompañamiento. Acompaño cuando quieren jugar, cuando tienen que cumplir sus tareas de limpieza, cuando deben asistir a una cita médica o cuando participan en alguna terapia, evento recreativo o actividad cultural organizada por la escuela. Estar presente en esos momentos me permite construir vínculo y ganarme poco a poco su confianza.

A pesar de que existe una rutina básica, creo firmemente que cada día de trabajo en el centro es indescifrable. No hay dos días iguales. Los niños, al pertenecer al rango de los siete a los doce años, se encuentran en una etapa llena de cambios, tanto físicos como emocionales. A esto se suma el hecho de que muchos han vivido experiencias difíciles que han dejado huellas en su comportamiento. Por ello, sus reacciones pueden ser muy variables: a veces son extremadamente cariñosos y buscan cercanía, abrazos y atención; otras veces se muestran agresivos, rebeldes o profundamente irrespetuosos.

Frente a esta realidad, he descubierto que la paciencia y el buen humor son dos de los mejores aliados para trabajar con ellos. Mantener la calma ante un grito, un insulto o una rabieta no siempre es sencillo, pero es fundamental para no romper el vínculo y para transmitirles seguridad. Del mismo modo, el buen humor permite transformar tensiones en risas, y conflictos en oportunidades para dialogar y reflexionar. Después de estos dos meses, siento con claridad que cada día me van aceptando un poco más como parte de su grupo. No todos al mismo ritmo, porque cada niño tiene su propia historia y su propio proceso, pero ese avance, por pequeño que parezca, es significativo. Mientras más me aceptan, más comprendo el origen de sus reacciones y me siento más capaz de adaptar mis estrategias para ayudarlos a manejar mejor sus cambios de humor.

Otro aspecto clave de mi experiencia ha sido la relación con mis colegas. En *Boarding Haus* trabajo con un equipo de educadores muy amables, quienes me han brindado apoyo desde el primer día. La mayoría de ellos se comunica conmigo en inglés, lo que facilita el trabajo en

equipo. Sin embargo, también hay quienes no hablan este idioma, y con ellxs intento desenvolverme en alemán, lo cual supone un reto adicional, pero también una oportunidad para aprender y crecer. De alguna manera, así como los niñxs están en constante adaptación, yo también me encuentro en un proceso continuo de aprendizaje cultural y lingüístico.

En medio de este proceso, hemos atravesado un cambio importante dentro del equipo de trabajo: la salida de Tamara, quien era mi coordinadora en el centro. Ella dejó su cargo hace una semana, y ahora un nuevo coordinador debe asumir sus funciones. Este cambio no solo representa un reto para él, sino para todos: educadores, voluntarios y, especialmente, lxs niñxs. La llegada de una nueva figura adulta implica necesariamente un proceso de aceptación y adaptación. Lxs niñxs, que ya han vivido previamente situaciones de ruptura y pérdida, pueden reaccionar con rebeldía, rechazo o negación ante las indicaciones de alguien que aún no conocen y en quien todavía no confían.

En ese contexto, el papel del equipo se vuelve esencial. Nuestro reto es acompañar no solo al nuevo coordinador en su inserción en el grupo, sino también a lxs niñxs en la gestión de sus emociones frente a este cambio. Sabemos que probablemente habrá momentos de tensión, actitudes desafiantes y situaciones complicadas, pero también confiamos en la capacidad del grupo para adaptarse. Estoy convencida de que, con el apoyo de los demás educadorxs y manteniendo una postura firme pero comprensiva, lograremos que, en un tiempo razonable, el nuevo coordinador sea aceptado completamente por lxs niñxs.

Mirando hacia atrás, aunque solo han pasado dos meses, siento que esta experiencia ya ha dejado una huella profunda en mí. Trabajar en *Boarding Haus* me ha enseñado que acompañar a niñxs vulnerados no se trata únicamente de brindar servicios básicos como alimentación, cuidado o supervisión. Se trata, sobre todo, de ofrecer presencia, escucha y contención emocional. También me ha ayudado a entender que, en contextos como este, la disciplina debe ir siempre acompañada de empatía, y que la autoridad se construye, más que se impone.

Por otro lado, es necesario mencionar que el equipo Vamos nos brindó un seminario de bienvenida que fue fundamental para prepararnos para la experiencia de vivir en Alemania. En este seminario se abordaron distintos aspectos de la vida en el país y, sobre todo, se nos proporcionaron herramientas importantes de las que debemos ser conscientes como personas migrantes, especialmente para utilizarlas en momentos de crisis o situaciones de dificultad emocional. Asimismo, se reflexionó ampliamente sobre los privilegios y sobre cuán conscientes somos o no de ellos, así como sobre temas históricos como la colonización. También se trataron escenarios prácticos, por ejemplo, qué hacer en caso de acoso en el trabajo. En conjunto, el seminario nos preparó para afrontar múltiples situaciones en las que podríamos ser vulnerados dentro de nuestros centros, dotándonos de herramientas claras para protegernos y actuar de manera informada.

Así también, tuve la oportunidad de participar en el seminario "Color Esperanza", donde compartimos ideas y experiencias con ex voluntarixs alemanes. Este espacio de intercambio fue muy enriquecedor porque me permitió conocer diferentes perspectivas sobre el voluntariado, escuchar los desafíos que otros ya han enfrentado y las estrategias que utilizaron para superarlos. Todo ello no solo amplió mi visión sobre el trabajo social, sino que también aumentó y fortaleció mi motivación para continuar este proceso. Saber que otras personas pasaron por situaciones similares y lograron adaptarse y crecer me da esperanza, seguridad y una sensación de acompañamiento, aun cuando mi familia esté lejos.

Respecto a mis actividades fuera del centro puedo decir que me he adaptado muy bien, sobre todo porque aquí también puedo seguir uno de mis hobbies que más me apasionan: la danza. El grupo de baile al que asisto se ha convertido en un espacio muy especial para mí. Las personas que he conocido allí, así como el ambiente que se crea en cada ensayo, me ayudan a mantenerme emocionalmente estable y a no caer en sentimientos de tristeza que podrían surgir por la distancia con mis seres queridos. Bailar se ha transformado en una forma de refugio y de expresión, una manera de liberar tensiones y de reconectar conmigo misma en medio de todos los cambios que implica vivir en otro país.

En cuanto a mi vivencia en la sociedad alemana, puedo decir que hasta el momento mi experiencia ha sido positiva y respetuosa. Y en la actualidad aún me encuentro en un proceso de aprendizaje y adaptación. Desde una perspectiva académica, la cultura puede entenderse como el conjunto de normas, valores, hábitos y formas de organización que guían la vida diaria de una sociedad. Desde esta idea, lo que yo entiendo por cultura alemana no se limita solo a tradiciones o celebraciones, sino que también incluye la manera en que se organiza el trabajo, el comercio y el uso del tiempo. Un ejemplo claro es el cierre de supermercados y muchas tiendas los domingos, algo que al inicio me parecía extraño, pero que con el tiempo he comprendido como una práctica que permite el descanso y el equilibrio entre la vida laboral y personal. Estos aspectos cotidianos me han ayudado a entender que la cultura también se expresa en acciones diarias y en estructuras sociales que, aunque diferentes a las de mi país, tienen una lógica propia que merece ser conocida y respetada.

Para concluir, ser voluntaria en Alemania está siendo una experiencia que me transforma por dentro. Cada día en Boarding Haus, con lxs niñxs y el equipo, me enseña a ser más paciente, empática y flexible. He aprendido que acompañar no es solo cumplir tareas, sino estar presente emocionalmente, escuchar y sostener en los momentos difíciles.

Andrea  
VAMOS! 2025-26